

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 13 despues de Pentecostés.

*Non est inventus
qui rediret et daret
gloriam Deo.*

Luc., XVII, 18.

No hubo quien vol-
viese, y diese gloria
á Dios.

Refiere el Evangelio de este dia que habiendo curado el Salvador diez leprosos, solo uno de ellos vino y postrado en tierra á sus piés le dió gracias. Y Jesús se quejaba de la ingratitud de los otros, diciendo: ¿por ventura no son diez los favorecidos con el milagro de la curacion? ¿y los nueve donde están? No hubo quien volviese á dar gracias sino este extranjero. Y le dijo Jesús: Levántate, vete, que tu fé te ha hecho salvo en el cuerpo y en el alma á diferencia de los otros

nueve que solo quedaron sanos en el cuerpo.

Vamos á tratar hoy de la ingratitud, pecado vergonzoso que atrae sobre los pueblos, tarde, ó temprano, pero indefectiblemente las iras del cielo. Dios ha mirado desde su trono para ver si hay en la tierra corazones agradecidos, para ver si hay hombres que le glorifiquen en la prosperidad, y pueblos que le adoren humillados en la adversidad. ¿Y qué ha visto el Señor Dios desde el trono de su gloria? ¿Qué sucede entre los hijos de los hombres? Que todos han prevaricado. *Omnes declinaverunt.* Que son pocos los que obran el bien, y apenas hay quien se muestre reconocido. *Non est inventus qui rediret, et daret gloriam Deo.* ¿Y se quiere que no vengán castigos espantosos y tremendas calamidades sobre los

pueblos prevaricadores? Y se extrañará que el rayo azote nuestras espaldas, que los pedriscos destruyan nuestros campos, que la peste consuma nuestra vida, que todos los elementos se apresuren á vengar la gloria de Dios, desconocida, ultrajada y vilipendiada por la soberbia del hombre y la ingratitud de los pueblos? Humillemos nuestra cabeza bajo la mano poderosa de Dios, y confesemos de corazón que la ingratitud de los hombres y de los pueblos es la verdadera causa de todos nuestros males. Vamos á meditar sobre el origen de las calamidades que sufrimos, y la misión providencial que desempeñan en nuestros tiempos, y veremos con la mayor claridad que vienen de la mano de Dios, y traen la misión de castigar las ingraticudes de los hombres y de los pueblos.

En presencia de las terribles calamidades que nos afligen, conviene levantar la voz para anunciar á los pueblos las verdades cristianas que pueden salvarlas, verdades fundamentales, que no pueden ser olvidadas, oscurecidas, ni relegadas de la vida pública sin que se conmuevan los cimientos de la sociedad y se desborden sobre nuestras

cabezas las aguas amarguisimas del dolor y de la tribulación. Digo, pues, apoyado en el doble testimonio de la razón y de la fé que Dios es el autor de las calamidades que nos afligen, que se vale de ellas para castigar nuestras ingraticudes y reveliones, y para nuestra corrección y enmienda.

Oigamos sobre el primer punto los oráculos de la eterna sabiduría. Salomón dice: (1) los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios; de Dios que levanta su voz poderosa para humillar nuestra soberbia y nuestros alardes de independencia y autonomía, diciendo solemnemente por medio de su profeta Isaias (2): Yo soy el Señor, y no hay otro que lo sea; yo soy el que crió la luz y las tinieblas, el que hago la paz y crio el mal; yo soy el Señor que hago todas estas cosas. Y por Jeremias, el profeta de las lágrimas, dice (3): Yo traeré el mal de las regiones del Aquilon, y días de gran quebranto y amargura. Yo lloveré sobre ellos tantos males que nadie pueda librarlos de mi mano justiciera. Clamarán y darán voces, y

1 Eccles., XI.

2 Isai., XLI.

3 Jerem., IV, 6.

no los oiré; irán las ciudades de Judá y los vecinos de Jerusalén y llamarán en su ayuda á los ídolos á quien sacrifican, pero ellos no los librarán de sus congojas y aflicciones (1). ¿Habrà por ventura algun mal en la ciudad, dice Amos (2) ó algun desastre en el campo, ó alguna tribulacion en las casas que yo no haya causado? Dios crea el mal dice Santo Tomas, (3) no de una manera propia y directa, pues crear, es producir un sér, y el mal es una privacion de sér, sino que lo crea de una manera indirecta, en cuanto es producido para lograr un bien superior.

Todos los males que padecemos nos vienen de la mano de Dios. Tal es la enseñanza que brota de las Santas Escrituras donde el mismo Dios ha escrito sus soberanas revelaciones. ¿Y no dá testimonio de la misma verdad la misma razon natural que Dios ha colocado como una antorcha luminosa en las sagradas alturas de nuestra alma? Consultadla y ella os dirá que Dios es la causa primera y universal de todas las cosas, y así como todas reciben el sér de Dios, de manera que ninguna

existe sino por él, así ninguna se mueve, ni obra, si Dios no obra y le dá fuerza para obrar. De donde habeis de inferir que todos los efectos producidos por las criaturas, ménos el pecado, se han de atribuir mas propriamente á Dios como á primera y principalísima causa de todas las causas, que no á los mismas causas segundas, incapaces por si mismas de moverse y de obrar sin la fuerza y el impulso del Soberano Motor del Universo. Y pues no decimos, escribe el Padre Rivadeneira (1) que el pincel pintó el cuadro que admiramos, sino el artista, aunque para pintar se sirvió del pincel, ni que la pluma escribió la carta que leemos, sino el escribano con la pluma, tampoco debemos atribuir á las criaturas los efectos que hacen como á causas primeras y principales, sino como á segundas causas, subordinadas á la primera y soberana causa que es Dios y como á instrumentos dóciles y dependientes de su divina voluntad. Todos los elementos están en su mano, y todos se sirven para realizar en la tierra las fines de su Providencia. El trueno es su voz, el rayo su palabra y el huracan el

1 Ibid. XX.

2 Amos. III.

3 S. Thom., 1.ª parte. quæst. XIX, art. 9.

1 Tratado de la tribulacion.

mensajero de su ira. Cuando quiere castigar los pecados públicos, dá una señal y todas las criaturas se apresuran á decir *aquí estamos*.

Y el hambre, la peste, los huracanes, los temblores de tierra, las tempestades, el rayo, los pedriscos, las inundaciones, las enfermedades y la muerte vienen sobre los pueblos como un ejército formado en batalla á castigar nuestras ingratitudes, y á hacernos comprender en una lección tan elocuente como dolorosa que nadie, ni hombre, ni pueblo, ni ciudad, ni reino quebranta impunemente la ley santa de Dios, ni desprecia con desdenes impíos, ó negaciones insolentes su amorosa Providencia y paternal soberanía. En este caso nos hallamos. El entendimiento se niega á discurrir sobre el tema de nuestras desgracias y no quedan fuerzas mas que para llorar. No parece sino que el Señor ha derramado sobre nosotros la copa de sus iras. En este año infelicísimo hemos visto abrirse la tierra y tragarse pueblos enteros, comarcas florecientes devastadas y empobrecidas por la piedra y el granizo, los campos, regados con los sudores del labrador, aniquilados por el frío, por los aguaceros, y las tempestades,

pueblos y ciudades, provincias y reinos, y en este momento, casi toda la nación sufriendo los horrores del cólera y temerosa de verse convertida en un inmenso cementerio; desastres horribles, calamidades espantosas que no pueden contemplarse sin lágrimas en los ojos, y sin miedo y pavor en el corazón. Enfermo está de la vista, y corrompido tiene el corazón quien á través de tantas tribulaciones y calamidades no vea relampaguear el rayo de la justicia divina. Ciego está quien no vea en esas ruinas y calamidades la mano de Dios levantada sobre nosotros para castigar nuestras ingratitudes y llevarnos por los caminos de su justicia á los brazos de su inagotable misericordia.

Y ved ya el *por qué* de los males que padecemos. La ingratitud y el pecado de nuestros tiempos, pero la ingratitud, llevada hasta el cinismo, hasta la impiedad, hasta la blasfemia, hasta la heregía.

Hoy se comete el pecado sin rubor, se bebe como agua la impiedad, se hace alarde de las acciones mas torpes y se celebran los hechos mas escandalosos. Corren sin freno la impiedad y el libertinaje; prevalece en el go-

bierno de la sociedad el naturalismo desolador y la razón tiránica de Estado sobre la ley dulcísima de Cristo; la virtud se ve despreciada y oprimida, coronado el vicio, honrada la perfidia, protegida la ambición, premiada la soberbia, despreciada la humildad, fomentada la codicia, hollado el derecho, triunfante la injusticia, desbordadas las pasiones, pervertidas las ideas, corrompidos los afectos, disuelta la familia y hundida la sociedad en el fango del más grosero y repugnante sensualismo. La ingratitud es nuestro pecado, el pecado del individuo, y de la sociedad, el pecado de las ciudades y de las aldeas. ¿No lo veis? Toda carne ha corrompido sus caminos mucho más que en los días de Noé, y apenas hay uno que haga el bien.

Non est qui faciant bonum. Se olvidan los beneficios de Dios, y son pocos los que se muestran reconocidos á sus bondades y larguezas. *Non est inventus qui rediret et daret gratias Deo.* Los pueblos han sido invadidos por la indiferencia religiosa que es la peste de las almas, y miran con tedio el templo, abandonan las prácticas cristianas, la oración y los Sacramentos, y no se cuidan de su eterna salvación, antes bien

colocan su corazón en los bienes de la tierra, y consumen su actividad en satisfacer las necesidades del cuerpo, mientras su pobre alma padece de hambre y sed, miseria deplorable y servidumbre lastimosa.

Así es que la inmoralidad cunde como el cáncer, el pecado se pasea triunfante por calles y plazas, se ofende á Dios de mil maneras, se violan descaradamente sus santos mandamientos, se blasfema públicamente su santo nombre, y lo que más debe asustarnos y estremecernos, no es el pecado de ingratitud en sí mismo y en sus múltiples formas; es la ingratitud elevada á la categoría de principio, es la consagración otorgada por las doctrinas á los pecados de ingratitud: Si; vosotros lo sabéis mejor que yo, testigos como sois de las herejías que se predicán entre vosotros.

Lo más triste que hay en esto, es que se niega la Providencia de Dios, se niega su gobierno, y se dice con impío descaro que Dios no se cuida de sus criaturas, que no interviene para nada en nuestras desgracias y propiedades, siendo enteramente extraño á los accidentes físicos y á los sucesos humanos.

Pues bien: ¿os parece que no era llegado el momento solemne

de castigar las rebeliones de la soberbia humana y las insolencias de los pueblos? ¿Creeis que Dios ha de mirar impásible las ingraticudes de los hombres, ó que es impotente para castigarlas? Ha sonado para nosotros la hora de la espiciación. La ingraticud de tantos años recibe en este año su merecido: Es el año de los grandes infortunios.

La justicia de Dios se ha preparado una victoria cierta y definitiva sobre los triunfos insolentes de nuestra ingraticud y rebeldia, asolando los campos, desbaratando los planes de la codicia, frustrando esperanzas de vanidad, destruyendo con catástrofes el costoso edificio de la impia fortuna, atormentando al hombre por donde mas ha faltado, despoblando su casa, entristeciendo su alegría con un rio de amargas lágrimas, acumulando castigos y desastres y humillando bajo sus golpes la cabeza de los pueblos soberbios y corrompidos. ¿Direis todavía qué no hay Providencia? ¿Habrá quien niegue todavía la intervencion de Dios en los sucesos humanos? Héla aquí, brillando con los rayos de su justicia, ya que no quisimos arrojarnos en los brazos de su misericordia.

Si hay hambre, llanto, desola-

cion, ruinas y muerte, no acuseis á Dios, no maldigais su Providencia, acusaos á vosotros mismos, maldecid vuestra ceguedad, que rehusando reconocer á Dios en sus bondades, habeis hecho necesaria la demostracion de sus venganzas. Si; nuestros pecados son la causa original de las calamidades con que el Señor nos visita misericordiosamente. Quitemos la causa, y no sufiremos sus desastrosos efectos.

No nos castiga el Señor por castigarnos, sino para corregirnos y salvarnos. No enviaria estas calamidades horrendas, ni permitiria estos desastres espantosos sino los hiciese necesarios el interés supremo de su gloria, y el bien superior de nuestra salvacion. Locos y perdidos andaríamos si agobiados por el peso de tantos males no levantamos al cielo los ojos, confesando que hay un Dios infinitamente sabio, bueno, justo y poderoso que gobierna los acontecimientos de este mundo, y que si no queremos rendirnos á las bondades de su entrañable misericordia, es fuerza que nos rindan los golpes de su justicia. ¡Penitencia! penitencia! Esta es la voz misericordiosa de nuestro Padre que nos azota porque nos ama, que nos aflige con males temporales por-

que quiere darnos los bienes eternos. ¡Penitencia! ¡penitencia! este es el grito salvador que sale del fondo de nuestras tribulaciones, que brota del seno de las nubes, de las entrañas de las tempestades, de los abismos de a muerte, de todas las partes del Universo, de todas las criaturas, de todos los elementos que son los mensajeros de la ira de Dios y ejecutores de su justicia.

No perdamos con nuestra ceguera y obstinación el tesoro de bienes depositados por la mano de Dios en las calamidades que sufrimos: ¡Ay de nosotros si en vez de humillarnos bajo la mano del Señor, buscamos el remedio de nuestras desgracias en la vanidad, en la disipación y desvanecimiento de nuestro espíritu! ¡Ay de nosotros si en vez de sacar de la raíz amarga de la pena el fruto de nuestra enmienda y corrección, convertimos la medicina en ponzoña, y lo que había de ser represión de nuestros vicios, y freno de nuestras pasiones es ocasión de mayores males y pecados!

Aceptemos las calamidades presentes como castigos de nuestra ingratitud, como visitas misericordiosas del Señor, como medios de que se vale su infinita

bondad para alumbrar, purificar y perfeccionar el alma de los hombres, como prendas de su amor, como efectos de aquella adorable Providencia con que nos quiere llevar para hacernos felices y bienaventurados en el reino de su gloria. Amen.

EL ESPAÑOL SAN ROQUE

Es tan popular la devoción á este Santo en nuestra España, que fallaríamos á nuestros deseos y compromisos, sino tratásemos de extenderla todavía más y más, popularizando su vida, si quiera la índole de esta publicación no permita hacer más que una ligera reseña de sus heroicas virtudes.

Nació este gran Santo á fines del siglo XIII en Montpellier, ciudad perteneciente entonces á la corona de Aragón, siendo su padre el gobernador de aquella ciudad en nombre de nuestros reyes. Fué, por consiguiente, súbdito español, ya se considere el territorio en que nació, ya también el cargo que desempeñaba su padre.

Quiso el Cielo concederle á los fervorosos ruegos de sus virtuosos progenitores, é imprimirle una cruz roja sobre el estómago, con la cual nació, presagio sin duda de la ardiente caridad que abrasaría á aquel corazón de fuego. Por muerte de sus padres se encontró dueño á los veinte años de un cuantioso patrimonio, y como segun las leyes de España no le era permitido enagenarlo como él quería para distribuirlo entre los pobres, les repartió todas sus rentas,

y dejando los bienes raíces en administración á un tío suyo, se salió de su patria disfrazado de peregrino, escogiendo voluntariamente el estado de pobre.

Pidiendo limosna de puerta en puerta, ejercitando su mortificación y su paciencia, cansado, hambriento y desnudo, atravesó los Estados de la Iglesia, afligidos entonces con una peste desoladora. Al poner el pié en una de las ciudades de Toscana, eran tan grandes los estragos que allí hacia aquel azote, que su corazón abrasado de amor á sus prójimos, no pudo contenerse ya, y deseado asistir á los apestados y sacrificar su vida si fuese necesaria por ellos, se dirigió á un hospital para cuidar de los pobres enfermos. Dios bendijo un acto de caridad tan heroico, permitiendo que cesase la peste apenas principió nuestro Santo á servir á los apestados, y lo mismo le sucedía en las diversas poblaciones de Italia que visitó; Roma, Cesena, Aquapendente y otras muchas ciudades admiraron á la vez su heroica abnegación y su valimiento con Dios, viéndole volar á servir á los apestados, y observando con grata sorpresa que el señor libraba de la peste los lugares por donde su siervo transitaba.

Pasó algunos años ocupado en estas obras de caridad, y ya pensaba volverse á su país natal, cuando supo que en la ciudad de Plasencia, una epidemia causada por la corrupción del aire hacía horriblos estragos. Inmediatamente se trasladó allí, y encerrándose en el hospital, curaba por su mano las llagas de los enfermos, ejercía con ellos cuantos

actos es capaz de sugerir la caridad mas ardiente, y con palabras llenas de dulzura los excitaba á sobrellevar con paciencia y resignación cristiana sus dolencias, cuando Dios permitió que la peste hiriese á quien de todas partes la ahuyentaba. La fuerza de los dolores y el ardor de la fiebre pudieron postrar el cuerpo, pero no quitarle su tranquilidad de espíritu, ni disminuir su caridad para con los enfermos, pues deseado no incomodarlos con los gritos que la violencia de los dolores le arrancaba, consiguió á fuerza de instancias que le llevasen fuera del hospital, y despues, de la ciudad.

Gozoso el Santo de verse arrojado de la población, se metió en una pobre choza á la entrada de un bosque, donde oprimido de dolores, abandonado de sus semejantes, cubierto de una llaga asquerosa, se entregó completamente en manos de la Providencia, que no olvidó á su fiel siervo, cuidando de proporcionarle la bebida, el aliento y la salud, pues permitió que al lado de la choza brotase una fuente de agua pura y cristalina, que un perro le trajese diariamente un pan, y que á los pocos dias se encontrara enteramente restablecido. Siguiendo entonces los impulsos de su corazón, volvió nuestro Santo á Plasencia, y haciendo la señal de la cruz, quedaron sanos los enfermos y la ciudad libre del contagio.

(Se continuará.)

